



Es la danza, la música y la relación con sus paisanos lo que devuelve a muchos provincianos su condición humana.

 Cuando llegamos al Estadio Municipal de San Luis ya ha terminado la larga mañana deportiva, los campeonatos de vóley y fulbito que se prolongaron hasta iniciada la tarde. Un extemporáneo sol de agosto ilumina y da más vida al concurso de bandas y conjuntos de baile puneños que se halla en su apogeo.

Unas 2 mil personas se apiñan alrededor de una cancha de fulbito por la que desfilan una tras otra las casi infinitas danzas de la denominada capital folklórica del Perú.

Entre el público de todas las edades predominan los jóvenes. Mientras los conjuntos evolucionan en el centro de la cancha, en las inmediaciones, especialmente entre los de mayor edad, corre generosa la cerveza.

Empleadas domésticas, ambulantes, artesanos, prosperos comerciantes, folcloristas, obreros, amas de

casa, escolares, infantes, subdesocupados, visitantes fugaces de la capital o aymaras asentados para siempre en la gran ciudad ajena, se reencuentran así cada domingo con su tierra, su lengua y su cultura, sobre el duro cemento de las graderías y canchás de los campos deportivos.

Hoy San Luis, el domingo anterior Surquillo, quién sabe dónde la próxima semana. Depende del empresario emprendedor, sino, de todas maneras, trasladados al Coliseo, replegados en el barrio o el club distrital, una vez a la semana volvemos a las raíces.

Atrapados por siempre en los trajes urbanos, vestimos otra vez las coloridas vestimentas "típicas" o rompemos al menos con los gestos, los silencios, la camisa de fuerza de la timidez y fingimientos que nos imponen la gran ciudad y los patrones. Caminamos orgullosos; renace nuestra visión panorámica, brillan nuestros

ojos negros y dientes blanquísimos.

En el centro de la cancha danzan los conjuntos. Una coreografía decantada por siglos sobrevive en la urbe adversa, cuenta con cultores adolescentes que entrenan y repasan los pasos donde se mezclan elementos andinos y europeos y donde hoy podemos advertir, sobre todo en las muchachas —las polleras quizá ligeramente más cortas—, leve impronta del trópico y de los ritmos negroides de la costa. Los jóvenes han bailado la chicha y han visto tal vez los concursos de festejo.

Por eso, junto a la fuerza, los giros rapidísimos y la elegancia señorial y algo hierática de los ritmos puneños, advertimos en varias un cierto énfasis en los movimientos de caderas y algunos quiebres y pasos que vienen del Caribe. Los mejores conjuntos, los más afitados y de trajes más vistosos son sorpresivamente de aquellos que pare-

En campos deportivo canta y baila

Domingo, día libre

cen más aculturados y por supuesto más acomodados, trazas obreras se revelan en varias figuras.

Zapatos makarios en ellos y en ellas zapatillas Tigre de Bata, revelan su actual condición urbana oculta tras los

trajes y disfraces tradicionales. Saludan respetuosamente al público e incorporan algo desgarbadamente elementos de la gesticulación propia de los artistas profesionales. Se acentúa así el carácter de espectáculo

público de los bailes, pero no se pierde la condición fundamentalmente amateur

Son amigos o familiares de una misma localidad que se juntan, entrenan y conservan o consiguen variedad de vestidos. Ellos bailan a nombre de la multitud de asociaciones comunales, distritales o provinciales de residentes de Lima.

La democracia, la participación plena que tergiversara la Primera Fase y que se conserva en muchos momentos de la vida andina, desde los carnavales hasta los movimientos campesinos, persiste en estos campos. Todos toman parte.

Las domésticas, oprimidas no sólo económica sino cultural y racialmente, humilladas hasta parecer desprovistas de toda cultura y de cualquier habilidad, recuperan la dignidad, la alegría y la belleza. Es la danza, la música y la interacción con sus pares que les devuelve fugazmente una condición humana confinada al permiso dominical.

El tiempo resulta allí el más cruel enemigo de la libertad y la democracia. El día no alcanza literalmente para dar cabida a todos los grupos que desean participar.

Los organizadores ladran desde un altoparlante, pidiendo que se retiren conjuntos que apenas han ingresado al ruedo y que, por supuesto, persisten en danzar al compás de "Brisas del Titicaca": hasta que algún esbirro llega a pedirles

más o menos respetuosamente que se retiren y comienza la fuga, la vuelta final al ruedo, las innovaciones, las vueltas audaces, las risas, los aplausos.

Cae la tarde. Del altoparlante llegan las órdenes: "con la banda 'Balseros del Titicaca', que haga su ingreso el conjunto de San Miguel de Tuyto"... "Si no está San Miguel de Tuyto, entonces San Francisco de Acuylo". Los conjuntos se inquietan, todos quieren tocar, todos quieren bailar. No hay luz artificial.

Súbitamente varias bandas arrancan a tocar al mismo tiempo; varios conjuntos ingresan al ruedo. Es un caos de trombones, trompetas y tambores. Pero no importa, los bailarines saben los pasos de memoria y continúan con la misma fuerza y la misma gracia.

Más allá, otras bandas entran a tallar y de un momento a otro cientos de parejas ya están girando al ritmo del taklari.

Anochece. Vuela la cerveza. Se desgrana el público alrededor de la cancha. Un último conjunto de sicuris la cruza fugazmente en dirección al rincón donde están el altoparlante, el jurado, la mesa con trofeos y el único reflector que ilumina a un hombre cuya vestimenta de Inca no llega a cubrir del todo la fina casaca de cuero. Es Róger Cáceres, Inca de envidiable cabeza que, botella en mano; reparte cervezas entre los comerciantes y

puneños de aspecto más próspero que lo rodean.

El locutor inicia panegíricos a Róger Cáceres benefactor. "¡Nuestro Inca! ¡Inca!", agita. "¡Túpac Amaru!", "¡Sí, Túpac Amaru!" corean algunos, mientras Cáceres enarbolaba el hacha ritual de los emperadores del Tawantinsuyu. Hay regulares aplausos pero la mayoría se ubica más allá del círculo de luz, en la penumbra, girando vertiginosa mientras los huaynos y takiraris de diferentes bandas se entremezclan.

Erguidos y aguerriados los varones, ágiles y hermosas las muchachas, transformadas por la libertad y la aventura. Una ilusión puede nacer este domingo. Un amor puede surgir con fondo de sicuris, trompetas y platillos.

Para algunas será esta misma noche. Para otras, será volver disimuladamente a residencias extrañas eludiendo patronas, o cuartos modestos en barrios populosos. Para algunos, cantinas y burdeles, o la oscura soledad de la noche o el regreso a los problemas familiares de siempre.

Domingo, día libre que da fuerzas para sobrevivir seis largas jornadas de sudor y miseria en Lima la Dorada. Hasta que surja el movimiento que recoja la fuerza milenaria de nuestros pueblos. Y la potencia. Y la convierta en fuerza política, social y cultural incontenible e invencible. (Carlos Iván Degregori).



Este es Róger Cáceres, Inca de envidiable cabeza que, botella en mano, reparte cervezas entre los comerciantes y puneños prósperos.

pueblo



Son fiestas donde la alegría se colectiviza.